

ABSTRACTS

Giulia Albanese (Università de Padova)

«War, Violence and the Crisis of the Liberal State in Italy, Spain and Portugal»

This paper aims at analyzing the role of war, violence and mass politics in the crisis of liberal institutions in Italy in the context of a comparison with Spain and Portugal during the post-war period. Two moments in particular will be at the center of this talk: the turning point of 1921, at the end of a period of strikes and demonstrations, and the march on Rome and its resonances in European – and especially Southern European – public opinion. This approach will show the importance of the Italian case as a political and institutional model for inter-war Europe and the relevance of the events in Southern Europe in the development of the European crisis of parliamentary and liberal institutions.

Olivier Dard (Université de Paris-Sorbonne)

«La Primera Guerra mundial y el maurrasismo»

La palabra maurrasismo está relacionada con Charles Maurras (1868-1952), que fue, con Maurice Barrès, la personalidad más importante de la historia del nacionalismo francés en el inicio del siglo XX y después de la Primera Guerra mundial. El maurrasismo no fue solo una empresa teórica, sino también una empresa de prensa, propagandista y militante. Por último, el maurrasismo no puede ser entendido adecuadamente atendiendo únicamente a su dimensión francesa porque se encuentra también fuera de Francia, e incluso fuera de Europa, ya antes de 1914, y muy especialmente después de la Primera Guerra mundial.

La conferencia se organizará en dos partes. En primer lugar, voy a estudiar el caso del maurrasismo en Francia durante la Primera Guerra mundial a partir de tres preguntas: ¿Cuál era la posición del maurrasismo antes de 1914 en relación con una posible guerra entre Alemania y Francia? ¿Cómo interpretó el maurrasismo el desarrollo de la Primera Guerra mundial entre 1914 y 1918? ¿Cómo se situó el maurrasismo en relación con la paz futura, el tratado de Versalles y la postguerra? En segundo lugar, voy a examinar la situación del maurrasismo fuera de Francia a partir de otras tres preguntas: ¿Cuál era la situación del maurrasismo fuera de Francia antes de la Primera Guerra mundial? ¿Por qué y cómo cambiaron las relaciones entre el maurrasismo francés y los países y sociedades donde se desarrolló durante la guerra? ¿Qué balance se puede hacer de la situación del maurrasismo fuera de Francia a principios de los años veinte?

Eduardo González Calleja (Universidad Carlos III de Madrid)

«Inmovilismo estratégico y revolución tecnológica: el arte de la guerra durante el primer conflicto mundial»

La Gran Guerra evidenció casi desde su comienzo la inadecuación de las estrategias empleadas y la incapacidad de los estados mayores para comprender las implicaciones técnicas de la plena industrialización y reaccionar adecuadamente a la enormidad de los cambios morales y materiales que estaban acaeciendo. Al menos en el frente occidental, el conflicto se caracterizó por un bloqueo estratégico que trató de ser superado con innovaciones tácticas puntuales y la creación de nuevas armas o el perfeccionamiento técnico de las existentes. El presente estudio repasa los elementos que constituyeron el dispositivo defensivo de la guerra de trincheras; el equipamiento y armamento de la infantería; la aparición de los gases asfixiantes y el arma acorazada; el nacimiento, empleo y nuevas posibilidades estratégicas del arma aérea y las implicaciones bélicas del bloqueo comercial, sobre todo a través de la ofensiva submarina y el establecimiento del sistema defensivo en convoyes. Se concluye que, a la postre, la guerra no se ganó mediante una sucesión de batallas victoriosas, sino tras una paciente tarea de desgaste de los recursos del adversario, desplegada especialmente a través de medidas de bloqueo naval.

Michael Grüttner (Technischen Universität Berlin)

«La Primera Guerra Mundial y el nacimiento del Nacionalsocialismo»

Desde 1945 se ha discutido mucho sobre las causas que llevaron a que el Nacionalsocialismo pudiera llegar al poder en Alemania. Durante mucho tiempo, en los trabajos de investigación predominó la tesis del *Sonderweg*, que afirmaba que en la historia europea de los siglos XIX y XX Alemania había seguido un "camino especial" y que este camino había acabado por conducir al Tercer Reich. A partir de los años ochenta esta tesis se vio cuestionada, sobre todo por parte de historiadores británicos, y desde finales del siglo XX es ya raro que alguien abogue por ella. Lo que marcó de forma decisiva este cambio fue, por una parte, la comprensión de que la historia alemana anterior a la Primera Guerra Mundial no difería de manera fundamental de la del resto de Europa y, por otra, la toma de conciencia de que apenas se puede hablar ya de un "camino normal" europeo hacia la modernidad.

En lugar de ello, la investigación reciente ha señalado la Primera Guerra Mundial como la fecha de nacimiento del Nacionalsocialismo. Sobre todo el comienzo y el final de la guerra marcaron de forma decisiva a la generación de los fundadores del Partido Nacional-Socialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP). Además, cabe interpretar algunos elementos fundamentales de la política nacionalsocialista como un intento de aprender de las experiencias de la Primera Guerra Mundial para evitar una ulterior derrota de Alemania en una nueva guerra. Por ello, en esta ponencia se analizarán en primer lugar la interpretación de los acontecimientos

bélicos en que se apoyaba la visión del mundo nacionalsocialista para, a continuación, explicitar las consecuencias que los dirigentes del NSDAP extrajeron de la derrota alemana de 1918.

Adrià Llacuna (Universitat Autònoma de Barcelona)

«El Labour Party y el proceso de nacionalización de la socialdemocracia: el difícil contexto del comunismo británico, 1914-1939»

El Labour Party frente a la Guerra y la Revolución

A punto de cumplir su 110º aniversario (en 2016), la naturaleza política del Labour Party ha sido ampliamente discutida por una historiografía que ha enfatizado enormemente su carácter excepcional en comparación con el resto de la socialdemocracia europea del período de entreguerras. No obstante, el conflicto bélico de 1914 instigó las mismas dificultades políticas para este partido que para el resto de las secciones de la Segunda Internacional, provocando una división asimétrica entre partidarios y detractores del esfuerzo bélico de los estados liberales en contienda. Esta ponencia pretende analizar la diferenciada experiencia bélica en el seno del laborismo británico y sus organizaciones socialistas afiliadas (Independent Labour Party –ILP-, British Socialist Party) desde la óptica de su sincrética cultura política de preguerra, su concepción de la acción política en términos nacionales, y su evolución a partir de los procesos revolucionarios en la Rusia de 1917. Su actitud frente al Estado (Británico) y la Revolución (Rusa) se elevará a la categoría de principio político durante los años de entreguerras definiendo el carácter reformista y parlamentario del partido, y reforzará su propia identidad orgánica rivalizando, desde una posición hegemónica, con alternativas políticas articuladas desde su izquierda.

Las sugerentes afirmaciones de Ross McKibbin (1984) en su célebre artículo sobre la ausencia del Marxismo en Gran Bretaña son útiles para explicar la particular naturaleza del Labour Party, una federación política surgida: del obrerismo reformista de los sindicatos de oficio (Trade Unions); liderado políticamente, en sus primeros años, por un socialismo ético y de corte pacifista de la mano de personalidades como Keir Hardie y Ramsay MacDonald (líderes del Independent Labour Party, y a su vez del Labour Party); y con un peso intelectual de los socialistas Fabianos -así como los “Nuevos Liberales” durante los años de la guerra (Desai, 1994)-. Eso ha llevado a elaborar interpretaciones diversas sobre la ideología del partido que, con ciertas reformulaciones, se han ido consolidando en la historiografía con el paso del tiempo: enfatizando su excepcionalismo (Dell, 2000); su discutido carácter socialdemócrata y la fragua del “laborismo” (‘labourism’) –una concatenación de principios políticos, entre los cuales el parlamentarismo representa su piedra angular, con escasa cohesión doctrinal y fundados en el empirismo político Benthamiano– (R. Miliband, 1961; Nairn y Anderson, 1964-65); la posición subalterna del socialismo en el seno del partido (Coates y Pantich, 2003); la polémica alianza entre sindicatos y partido (Minkin,

1991); o su naturalización como partido nacional (Ward 1998 y 2004; Collette, 1998; Pugh 2011).

La cohesión socio-política articulada en 1914 en Gran Bretaña incluyó, como en la mayoría de los estados contendientes, los apoyos del movimiento obrero organizado, tanto del Trade Union Congress (TUC) como del Labour Party. Este último vivió de primera mano el conflicto entre los sectores pacifistas y belicistas al substituir a su presidente en el Parlamento (Parliamentary Labour Party) Ramsay MacDonald, reacio a la participación en el esfuerzo bélico, por Arthur Henderson, que entró en el gobierno de concentración de Asquith en 1915 y acabó por ocupar la posición de Ministro sin cartera en el ulterior Gobierno de Lloyd George de Diciembre de 1916. Esto dejó a partidos socialistas afiliados como el ILP de MacDonald o el British Socialist Party (afiliado al Labour Party en 1916) como la minoritaria voz disidente en el seno del laborismo.

Del radicalismo a la nacionalización de la socialdemocracia

La experiencia de guerra situará al partido en una difícil dualidad: el radicalismo social de posguerra y su inquebrantable fe en los mecanismos nacionales y parlamentarios para la acción política. Dicha dualidad mantenida durante los años 1920 se irá acentuando hacia la vía de la nacionalización (con la creación de dos gobiernos minoritarios en 1924 y 1929-31), agotando así cualquier alternativa socialdemócrata de corte radical (provocando la desafiliación del ILP en 1932) y fraguando una identidad política profundamente reformista y parlamentaria.

Buena muestra de ello es la elaboración de su constitución en 1918 y de la historiográficamente controvertida cláusula IV en la que se afirma en tanto que partido socialista, pero que interpelará a su electorado, a lo largo de los años sucesivos, en términos nacionales (y no de clase) para convertirse en una clara alternativa a los gobiernos Conservadores, realizando un sorprendente *sorpasso* al Partido Liberal en el período de entreguerras. Por tanto, pese a la diversidad ideológica interna [Morgan, 2006], el Labour Party concebirá toda acción política por la vía de la reforma parlamentaria. Esto quedó claramente reflejado en: sus cortas etapas de gobierno, en las que asimila sin problemas las instituciones estatales e imperiales, como la Monarquía y la gestión de las posesiones coloniales británicas; como también en episodios clave de la historia del país como el caso de la Huelga General de 1926 y la subsiguiente huelga de la minería. En este último caso, el partido no permitirá que el sindicalismo británico oficial (que permanecía afiliado al partido) adquiriera dimensiones políticas (extra-parlamentarias) más allá de la legítima contienda económica, persiguiendo y limitando orgánicamente toda influencia política (principalmente comunista) entre sus bases sindicales.

En este contexto, pese a no representar una alternativa de gobierno consolidada en el período de entreguerras, el Labour Party hegemonizó su posición en la izquierda política británica, manteniendo como anatema cualquier intento organizativo (“por la base” o desde la dirección) con el Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB) y con otros partidos no afiliados. El Labour Party y el TUC elaboraron unos mecanismos de control sobre sus miembros, que amenazaban con dejar fuera de la *broad church* laborista todo aquel que comprometiera la política de no-colaboración con los representantes del movimiento comunista internacional en el país.

Entre ellos destaca el papel que protagonizó la figura de William Gillies, secretario internacional del Labour Party y funcionario a tiempo completo de la Internacional Obrera y Socialista (IOS). En su correspondencia con Friedrich Adler, secretario de la IOS, y el resto de dirigentes del Labour Party, Gillies elaboró un método de vigilancia e información notoriamente sistematizado con el fin de aislar políticamente cualquier iniciativa que se saliese de los cauces ideológicos y orgánicos del laborismo reformista, especialmente cualquier campaña proveniente del movimiento comunista internacional, y de sus seguidores en el país. *The Communist Solar System* (1933) junto con *Democracy vs Dictatorship* (del mismo año) representan la versión británica del anticomunismo socialista y laborista, momento en el cual el movimiento comunista apelaba a los partidos socialistas europeos a articular la estrategia de Frente Único.

Pese a la desigual distribución de fuerzas de ambas formaciones, el CPGB consiguió erosionar ostensiblemente dicho ostracismo político en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, con el auge de la amenaza fascista y la estrategia puesta en marcha en el VII Congreso de la Internacional Comunista de 1935. Así, coincidiendo con los años de la Guerra Civil Española, que catapultó en términos relativos la popularidad del partido comunista en el país, el comunismo británico tratará de articular un bloque antifascista con las fuerzas socialistas dentro y fuera del Labour Party (la Socialist League y el ILP respectivamente) así como un frenético activismo cultural en clave frentepopulista (con iniciativas como el Left Book Club). Todas estas iniciativas, pese a tener una buena recepción en una parte significativa de sus bases, fueron neutralizadas por la maquinaria política del Labour Party y el TUC siguiendo con los procedimientos establecidos durante los años iniciales de la década de 1930, en los que el partido pasó de ser un ente político del *movimiento* obrero organizado a poseer una estructura de *partido* bien definida, homologándose orgánicamente a los modelos socialdemócratas continentales [Berger, 1994, 2000].

Bibliografía mencionada

- Anderson, P. (1964) 'Origins of the present crisis', *New Left Review*, 23
- Anderson, P. (1965) 'Problems of socialist strategy', in Anderson, P. and Blackburn, R. (eds)
- *Towards Socialism*, The Fontana Library
- Berger, S. (1994) *The British Labour Party and the German Social Democrats*, Oxford
- Berger, S. (2000) 'Labour in comparative perspective', in Tanner, D., Thane, P. and Tiratsoo, N. (eds) *Labour's First Century*, Cambridge
- Coates, D.; Pantich L. (2003) 'The continuing relevance of the Milibandian perspective', en Callaghan J. et al. *Interpreting the Labour Party. Approaches to Labour politics and History*, Manchester
- Collette, C. (1998) *The International Faith. Labour Attitudes to European Socialism, 1918-1939*, Aldershot
- Dell, E. (2000), *A Strange Eventful History. Democratic Socialism in Britain*, Harper Collins
- Desai, R. (1994) *Intellectuals and Socialism - 'Social Democrats' and the British Labour Party*
- Milliband, R. (1961) *Parliamentary Socialism: A Study in the Politics of Labour*

- Minkin, L. (1991) *The Contentious Alliance. Trade Unions and the Labour Party*, Edinburgh
- McKibbin, R. (1984) "Why was there no Marxism in Britain?", *The English Historical Review*, vol.99, no. 391, April, pp. 297-331
- Morgan, K. (2006) *Labour Legends and Russian Gold. Bolshevism and the British Left, vol. 1*, Lawrence & Wishart
- Nairn, T. (1964) 'The nature of the Labour Party I', *New Left Review*, 27
- Nairn, T. (1964) 'The nature of the Labour Party II', *New Left Review*, 28
- Pugh, M (2011) *Speak for Britain! A new history of the Labour Party*, London, Vintage Books
- Ward, P. (1998) *Red Flag and Union Jack: Englishness, Patriotism and the British Left, 1881-1924*, Boydell Press

Kevin Morgan (University of Manchester)

«'Soldier of Peace'. Henri Barbusse and the paradox of communist anti-militarism»

Published at the height of the conflict in 1916, Henri Barbusse's *Le Feu: journal d'une escouade* is one of the outstanding literary testimonies of the war in the trenches. It is also one of the crucial documents of the complex and ambiguous relationship between pacifism, anti-militarism and communism. Born in 1873, Barbusse was already an established writer when war broke out in 1914. He also held loosely socialist views and explained his decision to join up at the start of the war in the socialist (later communist) paper *L'Humanité*. It was nevertheless the experience of the war itself that had a dramatically radicalising effect on Barbusse's outlook and public persona. In Lenin's words, *Le Feu* showed 'the conversion of a totally ignorant man, smothered in the vulgar ideas and prejudices of the masses, into a revolutionary simply under the influence of war'. Although the political message of *Le Feu* was mostly implicit, its sequel *Clarté* (1919), also in the form of a novel, outlined Barbusse's vision of a new social and political order. Already a strong supporter of the Russian revolution, Barbusse now sought through the *Clarté* movement to harness what he called a 'révolution dans les esprits': in other words a mobilisation of Europe's intellectuals and the critical spirit they represented. With Paul Vaillant-Couturier and Raymond Lefebvre, he also played a key role in the formation of the *Association Républicaine des Anciens Combattants* (ARAC). Most significantly, his communist commitments were sealed when in 1923 he joined the *Parti communiste français* (PCF) in 1923. With the onset of Bolshevisation, this was a period in which the PCF was losing many of its earliest intellectual supporters. Barbusse, by contrast, was to remain a member until his death in Moscow in 1935.

Barbusse's position within the communist movement was in several crucial ways distinctive. Arguably he was the only European writer of comparable stature to enter and remain in the communists' ranks from so early a date. Already aged fifty when he joined the PCF, he had by now established a very personal literary style and political philosophy, and he made little to attempt to adapt these to the self-described 'proletarian' mentality which over the course of the 1920s came

increasingly to define communist orthodoxy. Nor were his many engagements as a public intellectual confined to activities under the party's auspices. A striking feature of his post-war thinking was that it was always pitched in international terms. With ARAC taking the lead he thus sought to establish an *Internationale des Anciens Combattants*. The Clarté movement, though largely failing in this object, was also envisaged as one transcending national boundaries. Most important was the new cultural and political weekly *Monde* which Barbusse established in 1928. Though he did so with Soviet support, and following conversations with both Lunacharsky and with Stalin himself, *Monde* was a heterodox publication and came in for the fiercest criticism from the PCF and from younger communist intellectuals – ironically including Vaillant-Couturier. Barbusse's singular standing was as a virtual fellow-traveller who nevertheless remained a communist party member, and as promoter of a non-sectarian conception of politics which for communists during the so-called Third Period (c.1928-33) was anathema.

This paper considers the ambivalent relations between Barbusse and communism in respect of campaigns around war and peace. The focus is on two particular periods. The first is that of the late 1920s and early 1930s when a pacifistic mood of revulsion against the war found such varied literary and artistic expression, notably including the novels of writers like Richard Aldington, Siegfried Sassoon, Erich Maria Remarque, Ernest Hemingway and (within the communist movement) Ludwig Renn. Barbusse himself had never repeated the literary success of *Le Feu*. At a European level he remained more than anything a voice of protest against the horrors of war, and it is natural that he should once again have sought to make his own contribution to the memorialisation of the war as political object lesson. He had a fascination with the cinema, and was impressed by the success of *All Quiet on the Western Front* and, more especially, the German director G.W. Pabst's *Westfront, 1918*. Barbusse prepared a scenario for a still more ambitious anti-war film, and after failing to interest Pabst secured a contract with the Soviet studios Mezhrabpomfilm. Working with Willi Münzenberg, he was also instrumental in issuing the manifesto for the world anti-war congress which was eventually held in Amsterdam in August 1932. As the communists now turned to the sort of broad front approach that Barbusse had always espoused, this provided the catalyst for the so-called Amsterdam-Pleyel movement and Barbusse's emergence to a new public prominence in the three years before his death. Nevertheless, the communists' commitment to anti-war politics was always conditional and instrumental. At first the concern was with pacifist illusions and the Amsterdam congress therefore specified its opposition to imperialist war. With Hitler's accession to power, the concern was to combine the goals of peace with resistance to fascism and increasingly the latter prevailed. Barbusse's anti-war film was never made; by the time of his death he was working on another scenario inspired by the life of Stalin, whose authorised biography he had undertaken as his last major writing project. Though *Le Feu* was serialised in *L'Humanité* as late as 1934, its anti-war message was thereafter increasingly subordinated to other priorities.

The sequel did not follow until the early 1950s. With the onset of the Cold War, the communists turned once more to peace campaigning. Campaigning methods, particularly the device of the peace petition, gave a pacifist impression. At the same time, a more militant approach was identified with the communist André Marty, a legendary figure because of his involvement in the Black Sea mutiny

against anti-Soviet intervention in 1919, and who had also had a prominent controversial role in the International Brigades. Marty was expelled from the PCF at the end of 1952 and accused of being a police spy. Barbusse now represented an alternative point of reference for the peace campaigns of the communists and a key figure in the communists' collective memory. It was at just this point, in 1953, that an exemplary biography was published under the PCF's auspices by his former secretary Annette Vidal. Its title was the one adapted for the title of this paper, *Soldat de la Paix*.

Antonio Niño (Universidad Complutense de Madrid)

La propaganda de guerra en los regímenes liberales y el debate sobre el control de la opinión pública

La utilización masiva de técnicas de propaganda y de censura informativa durante la primera Guerra Mundial suscitó en los países aliados una viva discusión sobre su eficacia, su legitimidad y los riesgos que entrañaba esta práctica. La comunicación propuesta se propone analizar el debate sobre la legitimidad y la conveniencia de las políticas estatales de manipulación de la opinión, tal como se produjo en los países democráticos durante el conflicto y se prolongó en el periodo de entreguerras.

La propaganda, según argumentaban sus críticos, era incompatible con los sistemas democráticos porque en ellos la elección del gobierno corresponde a los representantes de la voluntad popular, que se forma mediante la libre expresión de opiniones; por lo tanto, cualquier intervención del Estado en la formación de la opinión pública supone un riesgo para el propio sistema democrático. Según sus defensores, el poder público está legitimado e incluso obligado, en circunstancias extremas, a orientar a la opinión para salvaguardar los intereses generales y proteger el régimen democrático frente a intentos de manipulación promovidos por otros intereses, nacionales o extranjeros

El debate adquirió nuevos tonos en el periodo de entreguerras por el reto de los Estados totalitarios, que utilizaron abierta y sistemáticamente las técnicas de propaganda política para defender sus posiciones, planteando un desafío dramático a los Estados democráticos y liberales hegemónicos en el orden internacional del periodo.

Los regímenes totalitarios del periodo alteraban radicalmente el papel asignado anteriormente a la opinión pública. Según la filosofía política liberal de la representación, correspondía a la opinión pública la vigilancia continua de los gobiernos y el papel de lazo permanente entre los representantes políticos y los gobernados. En los sistemas representativos los Parlamentos no se consideraban únicamente la expresión de la soberanía nacional, sino también la emanación auténtica de la opinión pública a través de las elecciones. Por ello la intervención del Estado en la formación de la opinión pública era una práctica totalmente rechazable desde la teoría liberal del gobierno representativo. Al contrario, eran los Gobiernos los que debían someterse a esa abstracta noción de opinión pública,

permitiendo que sirviera de inspiración a su actuación y de control del poder político.

Los regímenes totalitarios, por el contrario, aspiraban a construir la opinión pública desde el poder, utilizando para ello los medios de comunicación como instrumentos de control social. La censura y la propaganda eran los medios utilizados para conseguirlo. Esos regímenes anhelaban imponer la unidad ideológica y, desde luego, no están dispuestos a concederle a la opinión pública la función, conquistada desde las revoluciones liberales, de crítica y vigilancia del poder político. La creación en la Alemania nazi de un Ministerio de Propaganda, con competencias tanto en el interior como en el exterior, ejemplifica esta concepción de la opinión pública al servicio del Estado.

La ponencia pretende explicar cómo los países con regímenes liberales se enfrentaron al fenómeno de la propaganda, una actividad en principio inaceptable en un modelo de democracia deliberativa. Especialmente interesa analizar cómo contrarrestaron la “violencia simbólica” de la propaganda de los países totalitarios, y cómo resolvieron el dilema de dar una respuesta efectiva sin comprometer los principios liberales.

Josep Puigsech Farràs

España: una neutralidad particular a través de unos emisarios emisarios convencionales londinenses

La crisis de los Estados liberales que se vivió Europa durante la Primera Guerra Mundial ha tenido, y tiene aún, uno de sus aspectos menos conocidos en los estados de opinión que se generaron en los países combatientes respecto a la neutralidad.

La trastienda del conflicto mundial en Europa dejó a una serie de países que, por diferentes motivos, optaron por la neutralidad. Y España fue uno de ellos. Ahora bien, esta posición española –como otras europeas- en ningún momento implicó que las potencias implicadas en el conflicto armado desatendiesen su interés por los movimientos que se realizaban en España. Más bien fue todo lo contrario. La diplomacia británica instalada en España, tanto embajada como consulados, realizaron un seguimiento pormenorizado y meticuloso sobre la posición española a lo largo de 1914-1918. Primero, orientado a detectar qué tipo de movimientos se realizaban en el país tanto de simpatía como antipatía respecto a uno u otro bando en conflicto, para posteriormente valorar las posibilidades que derivasen en un cambio de posición del Gobierno español respecto a su neutralidad. Y, segundo, determinar hasta qué punto los problemas internos de cada país encontraban un marco propicio en el conflicto mundial para retroalimentarse e, incluso, estar en condiciones de forzar un cambio en la posición española respecto al conflicto mundial, aunque no fuera por su propia voluntad.

La dinámica vivida en España durante el año 1917 se erigió en el mejor ejemplo tanto de uno como otro elemento. Para empezar, porque la diplomacia británica en España lanzó rápidamente sus redes sobre el territorio español para concluir que el país podía considerarse como un baluarte seguro de la neutralidad en el conflicto mundial, aunque los efectos de la revolución iniciada en Rusia en febrero

de ese mismo año podían convertirse en un elemento de desestabilización. Y, posteriormente, porque la Triple crisis española de 1917 se convirtió en un factor potencialmente desestabilizador de la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial.

Así, pues, a finales de mayo de 1917 la diplomacia británica se había hecho eco de una tímida manifestación espontánea en Zaragoza que había lanzado *vivas* en favor de Francia y España, así como *mueras* a Alemania. Los representantes británicos no mostraban ninguna simpatía por estos actos y, mucho menos aún, pretendía promocionarlos o potenciarlos. Primero, porque la posición oficial española era favorable a la neutralidad que había mostrado desde 1914. Además, el método expeditivo con el que la Guardia Civil había dispersado a los manifestantes en Zaragoza dejaba bien a las claras cuál era la voluntad de las autoridades españolas respecto a la posición de su país en el conflicto mundial y más importante. Y, segundo, porque los intereses del Foreign Office no pasaban por este camino y, además, actos como éste eran imprudentes puesto que acababan siendo utilizados por la prensa alemana para denunciar coacciones de los Aliados sobre el Gobierno español para truncar la neutralidad de España.

Los emisarios de Londres no hablaban por hablar. Habían detectado que existía un potencial estado de opinión entre una parte de las élites económicas y políticas del país, por este orden, que podían evolucionar desde un estadio de simpatías probritánicas, aunque defensores de la neutralidad, a otro de simpatías proalemanas. El motivo no era otro que la creciente campaña de prensa financiada desde Berlín en la que se alertaba a las élites españolas que una victoria de los británicos en la guerra implicaría para España una revolución como la vivida en Rusia en febrero de 1917, con protagonismo de socialistas y anarquistas, generando un caos general en el país que recordaría a la etapa de la lejana, pero caótica, de la Primera República Española de 1873-74. Los emisarios de Su Majestad no dudaron en plantear la necesidad que esas elites políticas y económicas españolas no acabasen de establecer contacto con los sectores de la sociedad española que por definición se habían mostrado partidarios de los alemanes desde el inicio de la guerra. El embajador y cónsules británicos en España sabían perfectamente de quién hablaban: las fuerzas tradicionalistas católicas -esencialmente los carlistas-, así como el sector más conservador dentro del Ejército español -que sentía admiración por la disciplina del ejército prusiano y que tenía un profundo malestar por la competencia francesa en la colonización de Marruecos-, así como los integrantes del Partido Conservador y un pequeño sector de la clase media española. Pero al margen de todas éstas, los emisarios de Londres consideraban que existía un peligro muy real era en los comunistas españoles y, muy especialmente, los republicanos de izquierdas -identificados con la figura de Alejandro Lerroux- porque con sus posiciones maximalistas podían decantar a todos los grupos anteriores a posturas distantes de los británicos. El propio Lerroux se había encargado de proclamar que la caída del Imperio alemán a manos de la República Francesa tendría un efecto dominó sobre España y conduciría a la proclamación de la República en España, unida a la revolución social. Afortunadamente para los intereses británicos en España la campaña proalemana, ni tampoco la campaña de Lerroux consiguió los efectos deseados. Pero se erigió en el aspecto de máxima tensión para los emisarios de Londres en relación con la neutralidad española en el conjunto de la Primera Guerra Mundial.

En cambio, la situación fue evaluada con mayor peligrosidad en relación con la evolución de los sucesos internos de España. El estallido de la Triple crisis de 1917 encendió las luces de alarma de los emisarios londinenses. No obstante, no fue ni la crisis militar ni la nacionalista las que generaron una mayor preocupación entre la diplomacia británica, sino la obrera.

La primera de las tres crisis fue identificada como una demanda de reforma del Ejército que siempre se mantuvo fiel a la Corona. Este último aspecto fue considerado el elemento esencial de la crisis militar en relación a los intereses británicos en España, ya que la persistencia de la Monarquía de Alfonso XIII era considerada como la columna vertebral de la estabilidad en España. Los emisarios londinenses se desmarcaron de los rumores que identificaban las peticiones de reforma en el Ejército como un ultimátum al rey para pasar a asumir las declaraciones oficiales de las Juntas de Defensa en su identificación con el monarca.

Por otro lado, las peticiones nacionalistas realizadas desde Cataluña fueron valoradas como unas reivindicaciones más formales que estructurales, sin capacidad para forzar una reestructuración del modelo nacional de Estado. Ahora bien, también reconocieron que no eran un elemento a menospreciar puesto que detrás de las mismas se encontraban las élites económicas y sociales del principal motor económico de España.

Finalmente, Londres identificaba el conflicto social en España como el auténtico motor de la desestabilización del país en clave interna. La mano de los socialistas y anarquistas fue identificada como la responsable de la misma, con la voluntad de fomentar un movimiento revolucionario similar al de Rusia. La oposición frontal de la diplomacia británica a la revuelta social tuvo su equivalente con la expeditiva actuación de los cuerpos de seguridad del país, a los que los representantes de Londres aplaudieron sin complejos.

Javier Rodrigo (Universitat Autònoma de Barcelona)

«1914 desde 2014. Debates historiográficos»

La historiografía sobre la Primera Guerra mundial, con sus eternas disputas sobre sus orígenes, su desarrollo y su carácter arcaico o moderno, se encuentra entre las más ricas y prestigiosas del mundo. No en vano, 1914 supone la última y más lejana frontera que puede aceptar, en términos generales, el contemporaneísmo más cercano al presente y la historia vivida.

La historiografía sobre la guerra ha girado sobre tres ejes: hasta los años sesenta, masas. Hasta los ochenta, clases. Y desde entonces, culturas. Tres generaciones de historiadores, tres nociones de la guerra: entre naciones, «the last war of the nineteenth century or the second Thirty Years War», entre sociedades, «the revolutionary moment», o contra los civiles, «from atrocity to genocide, the matrix of a tragic century» (Winter). Y como esquema trinitario puede funcionar, qué duda cabe. Sin embargo, se trata de una simplificación que no absorbe las complejidades internas, temáticas e interpretativas que ha generado el primer conflicto mundial. Complejidades abordadas, fundamentalmente, en las dos últimas décadas.

Esta ponencia aborda una, por fuerza incompleta, historia de la historiografía de la Gran Guerra desde la renovación de su interés historiográfico a mediados de los años Setenta hasta la actualidad del primer centenario. Observa la existencia, con muchos matices, de una serie de grandes paradigmas interpretativos no exentos de debates en los modos de ver la guerra del 14. Y analiza, desde la actual relectura en clave de conflicto partera de la contemporaneidad violenta europea, las perspectivas de presente y de futuro en la investigación sobre un conflicto poco estudiado desde España pero cuyos efectos históricos y paradigmas historiográficos tienen una gigantesca importancia en nuestro país.

Francisco J. Romero Salvadó (University of Bristol)

«Espejismo Rojo, Marea Negra en Europa. El caso español, 1917-1923»

La ponencia se concentrará en el periodo de 1917 a 1923. Primero, se examinará el trasfondo europeo. Partiremos del concepto que la Primera Guerra Mundial no fue solo un cataclismo militar y humano (la sangría de la juventud europea) sino también un momento clave de modernización socio-política. Su impacto en las economías/sociedades (tanto de los países beligerantes como de los neutrales) aceleró los movimientos de protesta y condujo a la entrada violenta de las masas en la política que en turno produjo la crisis de las elites políticas que habían gobernado en el continente hasta 1914 (y dominado sus sociedades civil/política)

El punto de inflexión tuvo lugar en el año 1917. La agitación social (fin de la tregua de 1914) se hizo aparente en muchos países pero su exponente más obvio fue: Rusia (Caída del Zarismo en Febrero/Marzo – dependiendo del calendario Romano o Gregoriano y el derrocamiento del Gobierno Provisional por el Partido Bolchevique).

El impacto de la Guerra y el triunfo del Bolchevismo iniciaron una era de catástrofe y extremismo según el historiador británico Eric Hobswbawm. Este periodo que umbilicalmente uniría las dos guerras mundiales se caracterizó ante todo por la violencia (repuesta a la deshumanización producida por el conflicto bélico y a la polarización socio-política). Este periodo de Guerra Civil Europea se inició con el mencionado triunfo Bolchevique en noviembre de 1917 y tras la subsiguiente brutal guerra civil rusa. Pero en contra de lo que los dirigentes bolcheviques esperaban y confiaban, la exportación de la revolución soviética se saldó con un amargo fracaso. La marcha triunfal del comunismo que preconizaba el jefe de la Internacional Comunista (Comintern) Grigory Zinoviev, se tornó – tras unas primeros índices esperanzadores de fiebre revolucionaria, agitación popular y movilización obrera - en un espejismo.

Como Paul Preston sugiere, una de las consecuencias más inesperadas del triunfo bolchevique fue la brutal reacción socio-económica, ideológica y política que desató; una marea negra en la que surgieron el fascismo y todo tipo de regímenes dictatoriales de tipo monárquico o militarista por toda Europa. La última y más violenta expresión de esa marea negra fue la salvaje contienda española y la emergencia del régimen despótico del General Francisco Franco.

Dentro de ese marco obviamente amplio, esta ponencia analizará la naturaleza, peculiaridades y acontecimientos que caracterizaron al modelo español. Por razones

obvias de limitación y cronológica, nos ceñiremos al período que va desde el intento fallido de emular el fenómeno revolucionario ruso en el verano de 1917 hasta el golpe de estado del General Miguel Primo de Rivera que destruyó el régimen constitucional en septiembre de 1923.

España no entro en la guerra, pero la neutralidad no salvó al país de su devastador impacto socio-económico en lo que ya era una estructura frágil (dramático contraste entre la orgía de ganancias de las clases propietarias/industriales y miseria para la mayoría de la población debido al alza de los precios/inflación galopante, acaparamientos, escasez de productos básicos, etc.). El resultado sería como en el resto de Europa la crisis del régimen (o la oligarquía política del Turno dinástico que había gobernado España desde el regreso de los Borbones al trono en diciembre de 1874).

Nos concentraremos en la versión española del ciclo revolucionario de 1917. Como ya expuso Lacombe en su obra pionera, hay tres etapas diferenciadas – pretoriana, reformista/parlamentaria y revolucionaria/obrera. A estas tres etapas se añadirá una fase previa (detonador de la crisis) de clara convergencia del impacto de eventos externos (revolución rusa, caída del zarismo) con doméstica (injerencia del soberano – Alfonso XIII – en temas del gobierno, provocando con ello la caída de dos ministerios en apenas dos meses).

El aplastamiento de la huelga revolucionaria (última etapa del ciclo de 1917) lo analizaremos como de victoria pírrica del régimen: su sobrevivencia apenas puede ocultar lo que Gramsci define de crisis de hegemonía (el antiguo orden entraba en situación de agonía – claramente hipotecado a la actuación del monarca y las fuerzas armadas- pero aún podía impedir que una alternativa democrática naciese).

La última parte de nuestra ponencia situará al caso español dentro de la tónica general europea descrita antes (espejismo rojo, marea negra). De hecho, podemos analizar el periodo 1918-23 en España de repetición del ciclo de 1917: mismos protagonistas – reformismo (Lliga Regionalista de Catalunya), revolucionario (caso peculiar español es que la agitación social será capitalizada por la anarco-sindicalista Confederación Nacional del Trabajo) y pretoriano. El centro neurálgico será la ciudad de Barcelona y el desenlace final esta vez, la destrucción del régimen.

El movimiento autonomista dirigido por la Lliga comenzaría tras el fin de la I Guerra Mundial bajo el optimismo creado por la victoria de los Aliados y el mensaje del US Presidente Wilson en favor de la auto-determinación de las pequeñas naciones. El conflicto en torno a la autonomía catalana (que irónicamente contaba con la simpatía del monarca y del jefe del gobierno, Conde de Romanones) sería sobrepasado y olvidado debido a la explosión del conflicto social a principios de 1919.

España experimentó como el resto de Europa un momento de histeria y psicosis colectiva ante el (percibido) avance triunfal del Bolchevismo y la revolución. El crecimiento extraordinario de la CNT, las proclamas en favor de la Unión Soviética, y la victoria obrera en el conflicto de la Canadiense que paralizó Barcelona y duraría 44 días desató la alarma entre las clases dirigentes, y en especial la burguesía catalana.

Desde la primavera de 1919, el estado liberal entró en una fase de crisis orgánica. Una alianza entre industriales y militares (con el tácito apoyo de fuerzas políticas como la Lliga) puso en marcha la ofensiva contrarrevolucionaria. Actuando como un poder en las sombras, gobiernos en Madrid serían impotentes para restablecer la

disciplina social e incapaces de restablecer su liderazgo político. Mientras el país entra en un círculo vicioso de terror que juega en favor de la reacción política.

En septiembre de 1923, el capitán general de Barcelona, Miguel Primo de Rivera, lanzó un golpe de estado que con el total apoyo de la clase patronal y la complicidad del monarca puso fin a 50 años de monarquía constitucional/liberal. La consiguiente dictadura militar en España constituyó un episodio más de la primera hornada de movimientos contrarrevolucionarios del periodo de entreguerras: una iniciativa antiliberal y antiparlamentaria que apareció en el momento en que el antiguo régimen oligárquico había entrado en crisis y era incapaz de garantizar el orden social y hacer frente a la súbita irrupción de las masas en la política.
